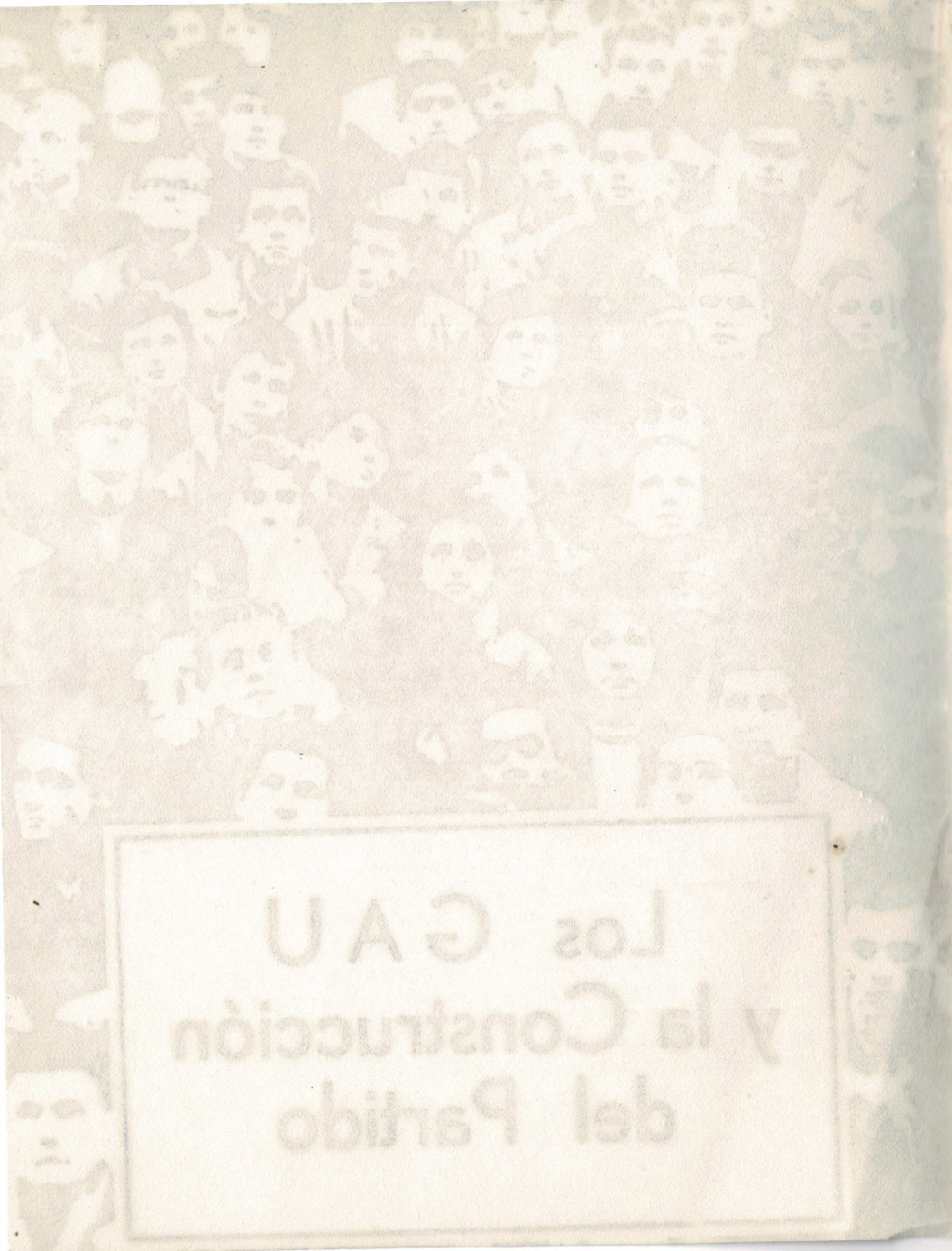




Los GAU y la Construcción del Partido



Los G A U
y la Construcción
del Partido

Los G.A.U. y la Construcción del Partido

INTRODUCCION

Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y toda la masa que tiene hacia él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de ELEVAR a capas cada vez más amplias a su propio nivel avanzado, no significa más que engañarse a si mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas y empañecerlas. — LENIN

Nunca como en la actualidad tantas organizaciones de izquierda y militantes independientes compartieron la convicción acerca de la necesidad de un partido para conducir la revolución uruguaya ni manifestaron el propósito común de contribuir a su creación. Esta situación es, sin duda, un signo de los nuevos tiempos.

Sin embargo, no basta con convicciones y propósitos para lograr objetivos de escala y dimensión histórica. Es necesario encontrar los caminos que conducen a esos objetivos, definir con acierto la meta y elegir la vía que lleva a ella. Los GAU hemos hecho un esfuerzo para definir la meta, encontrar la vía y comenzar a recorrerla sin claudicaciones. De ese modesto esfuerzo teórico y práctico queremos dar cuenta en esta publicación.

El problema (¡menudo problema!) es saber por qué se necesita un partido de vanguardia para hacer la revolución, qué tipo de parti-

do es ese y cómo se hace para construirlo. Mucho nos han servido, para ensayar una respuesta teórica y práctica a estos interrogantes, las experiencias revolucionarias que han tenido lugar en otras partes del mundo, y los trabajos científicos de los principales teóricos de la lucha de clases, en especial del más importante pensador y dirigente revolucionario de este siglo: Lenin.

Pero también muy grande es la deuda que tenemos en lo alcanzado, con las luchas cruentas e incruentas que han llevado adelante nuestra clase obrera y nuestro pueblo en estas últimas décadas de combates antimperialistas y antioligárquicos.

Para los que luchan en el presente es una cuestión de honor la fidelidad a esta tradición revolucionaria, y la mejor prueba de esa fidelidad la constituye el esfuerzo que realizan muchas organizaciones y militantes para encontrar los caminos que llevan a la creación del partido de vanguardia y a la toma del poder por el pueblo. Esta publicación no es otra cosa que una tentativa de fidelidad a esa tradición, en la medida que se remite a un futuro que ya está creando lo mejor de nuestro pueblo.

1

LA NECESIDAD DEL PARTIDO DE VANGUARDIA.

La revolución uruguaya, la que hoy está en camino, no es ni el primero ni el último proceso de esa naturaleza en la historia de la lucha de clases. A partir de 1917 muchas formaciones sociales (rusa, china, vietnamita, coreana, cubana, argelina y otras) han recorrido las etapas de conquista del poder por el pueblo, de derrota del imperialismo y sus aliados nacionales, y de posterior construcción del socialismo.

En todas esas revoluciones han existido partidos que han conducido (acción de vanguardia) la lucha del pueblo, y en él la de su clase más avanzada, la clase obrera. En general, esos partidos de vanguardia nacieron y actuaron ya antes de la toma del poder. En los casos en que esto no sucedió (como en Cuba y en Argelia) las funciones de esos partidos fueron cumplidas por movimientos (el "26 de julio" y el FLN) con características cercanas a las de un partido. Incluso en estas situaciones excepcionales, una de las tareas fundamentales que se emprendieron después de la toma del poder, a fin de mantenerlo y llevar a la práctica los objetivos de la revolución en sus diferentes fases (la de expulsión del imperialismo y de eliminación de sus aliados nacionales y la de construcción del socialismo) fue la construcción del partido.

La propia trayectoria de la revolución cubana muestra, por otra parte, que muchos de los problemas inevitables que se han presentado en los campos económico, político e ideológico-cultural, podían haber sido salvados con mayor facilidad si ese partido hubiera preexistido a la conquista del poder.

La experiencia histórica indica entonces que el partido es necesario (como regla general) desde los comienzos del proceso revolu-

cionario (acumulación de fuerzas y toma del poder) en adelante. Los casos en los cuales dicho partido no ha existido antes de la conquista del poder, por su carácter no hacen otra cosa que confirmar esa necesidad (constituyen excepciones que confirman la regla; esto no excluye, como es obvio, su eventual repetición).

Esta necesidad del partido, para el conjunto del proceso revolucionario, la enseñan las experiencias históricas exitosas que hemos mencionado. Pero también la señalan las múltiples experiencias frustradas, en gran parte, por la ausencia de un partido de vanguardia (Méjico, Italia, Alemania, India, Bolivia y otras).

La necesidad del partido (o, como excepción, de un movimiento político que haga sus veces antes de la toma del poder) no la indican solamente las experiencias históricas exitosas y frustradas. También nuestra propia realidad política.

La ubicación geopolítica del Uruguay hace de este una pieza de gran importancia en una lucha revolucionaria de carácter internacional. El enemigo que nuestro pueblo enfrenta (la oligarquía) cuenta con un respaldo externo que de ninguna manera se puede subestimar.

Ese enemigo (la reacción oligarco-imperialista) se ha internado cada vez más en nuestro país por los caminos de la dictadura policia-ca. Hemos visto como el pachequismo ha utilizado con carácter creciente los recursos más ilegales, violentos y represivos. Como se ha pasado el año 71 tanteando el terreno, ensayando escaladas, oscilando entre las elecciones con medidas de seguridad y presos políticos, la prórroga de mandatos o el golpe de estado.

En verdad, los hechos han dejado a los teóricos de la imaginada distensión pre-eleitoral bastante malparados. En este año pre-eleitoral el gobierno no se ha limitado a mantener las medidas de seguridad y los presos políticos. Ha utilizado el aparato del poder y hasta las fiestas patrias para impulsar la campaña reeleccionista, ha promovido grupos parapoliciales y asesinado estudiantes, se ha ocupado de colocar en los mandos militares y en los puestos de gobierno a los representantes más conspicuos de la reacción pachequista, ha clausurado diarios opositores y prohibido actos y movilizaciones sindicales, ha lanzado toda clase de rumores alarmistas y hecho declaraciones y discursos insólitos (primero se "compromete" a que haya elecciones, después afirma que las habrá si hay "condiciones").

Este es el rostro actual de la derecha. El rostro de un enemigo que (ahora antes y después) utiliza todos los caminos y procedimientos

contando con un sólo límite: el que le impone la acción del **pueblo organizado**.

Nuestra realidad política (tanto esta del presente como toda la del pasado) indica, por consiguiente, que el camino es difícil, que no hay que vivir de ilusiones liberales, que sólo con un alto grado de organización popular se puede llegar al poder. Bien sabemos que un gran nivel de organización y conciencia política es determinante para el triunfo del pueblo sobre sus enemigos de clase (la reciente experiencia boliviana da la pauta de lo que suele suceder cuando no se ha logrado ese nivel).

En este contexto la **necesidad** del partido nos parece incuestionable. Ese alto nivel de organización y de combate del pueblo sólo se logra si existe un partido de vanguardia; ¿cómo puede la clase obrera imprimirle al frente de todo el pueblo una orientación revolucionaria si carece de ese partido?

Del partido depende que exista o no la autonomía política de la clase obrera en el seno del pueblo. Porque, ¿cómo logra la clase obrera conservar su autonomía, su libertad de movimientos, en un frente (o alianza de clases) si no cuenta con un partido? Los intereses de la clase obrera no se limitan ni se agotan en los intereses de las clases con las que realiza alianzas. Como es obvio, la autonomía de la clase obrera es una condición del empuje revolucionario del frente, y esa autonomía es, a su vez, el producto de una gran organización.

Se puede argumentar que nuestra clase obrera tiene en los sindicatos sus propios instrumentos organizativos. Pero, ¿son los sindicatos la única forma de organización a utilizar en la lucha de los obreros por el poder, y, en el largo plazo, por el socialismo? No hay ninguna experiencia, realidad o argumento, que aconseje la necesidad de semejante reducción de la capacidad de organización de una clase. Más bien todo señala que los sindicatos y el partido son instrumentos complementarios que difieren, entre otros elementos, por el grado de definición ideológica y estratégica.

Para lograr ese alto nivel de organización y de combate del pueblo, que hace imprescindible nuestra realidad política y enseña la experiencia de otros procesos revolucionarios, se necesita un partido de vanguardia. Un partido que posea, para ser eficaz:

- definiciones ideológicas muy precisas;
- gran capacidad para la previsión y la acción estratégicas (y no sólo tácticas);

— la preparación para actuar en todos los terrenos, con todas las formas y métodos de lucha, y en cualquier condición del punto de vista de la legalidad;

— una práctica adquirida en la aplicación sin excepciones del centralismo democrático y un rechazo total de todo tipo de fraccionismo y demás formas de disgregación política;

— un sistema eficaz de formación teórico-práctica de sus militantes (la capacidad de dirección del partido depende en gran parte de su política de formación de cuadros), y de acumulación y transmisión de la experiencia lograda;

— una permanente capacidad autocrítica (por cierto, bastante ausente en nuestra izquierda);

— una importante centralización de la información más variada y amplia que sea posible;

— una moral de militancia ejemplar.

Estas condiciones entre otras, debe reunir un partido obrero si quiere convertirse en el jefe político de la clase obrera y del pueblo. Un sindicato puede y debe alcanzar en estos terrenos el más alto grado posible. Pero es evidente que, como organización de masas que ha nacido de la lucha reivindicativa (aunque no se limite a ella y tenga objetivos programáticos y una activa participación en el proceso de toma del poder y posterior) no puede por definición tener unidad ideológica ni reunir todas las condiciones con el mayor desarrollo de cada una. Esto sólo lo puede hacer un partido de vanguardia.

2

¿EXISTE YA EL PARTIDO DE VANGUARDIA?

¿Existe ya ese partido en nuestro país? Para dar una respuesta exhaustiva sería necesario hacer un inventario general de las organizaciones de izquierda, ubicarlas en el conjunto de la superestructura política y confrontarlas con los criterios teóricos mínimos para definir tal partido y con las experiencias históricas de nuestro país y de otros. Sin embargo, ese largo rodeo tiene el peligro de resultar poco útil. Además, creemos que la fuerza de los hechos es totalmente concluyente para demostrar que en nuestro país no existe aún tal vanguardia política (como partido).

¿Tuvo el movimiento sindical del 68 al 70 una vanguardia política capaz de dirigirlo con eficacia, desarrollando su capacidad de ofensiva en forma acertada? Hemos dedicado parte del Cuaderno No. 2 del GAU a demostrar que, si bien hubo direcciones de sector o de empresa que orientaron la lucha con combatividad, el movimiento sindical en conjunto (CNT) careció de una dirección que operase con esas características en los momentos decisivos. En lugar de adoptar como línea de acción el enfrentamiento que tiende a ser global, que busca la ofensiva y distribuye las fuerzas en planes de lucha, generando así experiencias de lucha de conjunto, esenciales para la posterior toma del poder, se cayó reiteradamente en la fragmentación de los combates, en el repliegue como línea política y en la ausencia de planes de lucha. ¿Indica esto o no la falta de un partido de vanguardia? ¿No es imputable tal conjunto de desaciertos tácticos a la organización política que posee mayor incidencia en el movimiento sindical? ¿No constituyen los desaciertos tácticos permanentes la expresión de una línea política errónea, de un conjunto de equivocaciones en el cálculo estratégico? Nos parece que sí.

Lo mismo ha sucedido en otros dominios. En especial en el frente político (Frente Amplio). ¿Por qué tardó tanto en el Uruguay la aparición del frente? Porque todos los ensayos anteriores estuvieron viciados por la sobreestimación de la lucha electoral (la conducta de la mayor parte de la izquierda en el '62 y en el '66 es, a este respecto, un ejemplo aleccionante). Porque se ha visto al frente más como una conjunción electoral que como una verdadera alianza de grupos políticos, como una organización política del pueblo fundada en sus núcleos de base. Porque la política de alianzas ha coincidido para la mayor parte de las organizaciones de izquierda con una política de alianzas electorales.

El grado de unidad, de capacidad de lucha y de conciencia política alcanzado por el movimiento sindical y popular a lo largo de la década del sesenta, no tuvo una expresión correspondiente al nivel de la unificación antimperialista y antioligárquica en el plano político. En 1964 la CNT abrió un cauce firme a la unificación de todos los sindicatos en una sola central; en 1965 se realizó el Congreso del Pueblo, pero este no derivó en un frente político de masas antimperialistas y antioligárquico, a causa de la incidencia nefasta de las expectativas electoralistas de los grupos de izquierda.

Esta desviación electoralista que liquidó a los frentes ensayados en el pasado y retardó la aparición de un frente político (Frente Amplio) como el que hoy tenemos, no está ausente en el presente. ¿Es cierto o no que las organizaciones de mayor influencia en el Frente Amplio incurrían en ella? De otra manera, cómo entender la resistencia inicial y posterior a las estructuras propiamente frentistas (tanto en lo que se refirió, primero, a la creación de los comités de base y luego a su gravitación, como a la forma de integración de las coordinadoras) si no es por la concepción del frente como conjunción electoral (sobre lo que esto significa a nivel político y organizativo, ver el cuaderno N. 1 del GAU).

E incluso, como entender que se haya colocado un tope (las pruebas de esta afirmación se pueden encontrar en el cuaderno No. 2 del GAU) al movimiento sindical, por debajo del nivel de conciencia y de organización ya logrado, si esto no se debía (y debe) a que la superación de ese tope podía (y puede) poner en cuestión los fundamentos mismos de una estrategia de poder con serias desviaciones electoralistas.

Sin intención de buscar paradojas donde no las hay, es preciso reconocer que los movimientos más electoralistas sólo han logrado in-

cidir en la lucha de clases de nuestro país, no precisamente por su acción parlamentario-electoral, sino en la medida en que se han insertado en el movimiento popular. Esta constatación no ha sido debidamente tenida en cuenta por dichas organizaciones.

En la misma **sobreestimación** de la lucha electoral han incurrido, por otra parte, también aquellos que hacen de la participación en el acto electoral una cuestión de principios. Con este esquema (o similares) han terminado por no aceptar una alianza de clases que significara objetivamente un grado superior de organización del pueblo explotado y un nivel superior de conciencia política de los distintos sectores sociales representados en esa alianza. Quedarse al margen del proceso frentista por consideraciones electorales (o antielectorales, lo que en definitiva es lo mismo) equivale a colocarse al margen de la realidad histórica que vive nuestro pueblo. Implica no comprender que han sido justamente las luchas del movimiento popular las que han hecho posible y necesaria la aparición de un frente con definiciones antimperialistas y antioligárquicas.

En síntesis, los problemas del movimiento sindical y de la política de frente (pasados y presentes) hablan con claridad de la inexistencia del partido de vanguardia. Es evidente que, aunque se ha avanzado (se admitió la necesidad del plan de lucha y se aprobaron los criterios de su elaboración; da lugar hoy a un escándalo **decir** que el frente es una conjunción electoral) las dificultades subsisten. Otros hechos vienen, por otra parte, a reforzar esta conclusión.

En el Uruguay se ha desarrollado un movimiento armado que, como consecuencia de la atomización política (o sea, de la inexistencia de un partido de vanguardia), ha recorrido un camino en gran parte paralelo al de la lucha de masas sindical y frentista. No ha sido esta lucha de masas la que, por intermedio del partido, ha llegado a adoptar métodos y a desarrollar niveles de lucha armada. La **desvinculación** resultante, del movimiento político-militar construido en los últimos años con la lucha de masas, es un hecho totalmente **objetivo**.

El origen de esta desvinculación se encuentra en la atomización inicial. La organización y el empleo de esta forma de lucha violenta no ha estado a cargo de un partido, o sea de una organización que ha logrado establecer lazos muy firmes con el pueblo. Claro que la desvinculación no se explica solamente por la atomización inicial. También por la influencia -progresivamente atenuada- del foquismo como estrategia de poder. Esta orientación (que tuvo su auge en Amé

rica Latina hace algunos años) no acentuaba precisamente la importancia del trabajo de masas y de construcción del partido.

Hasta hace muy poco tiempo eran muy claras algunas sobrevivencias del foquismo. Estas eran visibles cuando:

- se confundía dualidad de aparatos (el movimiento político-militar revolucionario y las fuerzas represivas) con dualidad de poder (situación en la cual el pueblo ha alcanzado un nivel de organización, de conciencia y de potencialidad políticas que lo habilitan para la toma de poder en una coyuntura propicia);

- se afirmaba que la línea de masas consistía en llevar la lucha armada a nivel de las masas (afirmación totalmente unilateral);

- se entendía que la acción directa era la única forma de acción efectiva y que el problema del cambio social era una cuestión de método;

- se consideraba al combate sindical como una tarea desgastante y creadora de falsas expectativas.

Algunas de estas apreciaciones han sido superadas. Hoy se sostiene que el trabajo de masas no se puede encarar, por parte de este tipo de organización, hasta que la misma ha logrado implantarse. Que una vez alcanzado ese plafond mínimo recién se puede encarar ese trabajo.

Lo central en la actualidad pasa a ser, entonces, cómo se concibe este trabajo de masas. En esta materia algunas apreciaciones hechas recientemente contienen errores de enfoque. Esto sucede cuando:

- se limita el trabajo de masas (en la concepción del mismo) a las tareas de propaganda tradicionales y nuevas (es evidente que lo fundamental, más que la acción propagandística, es la de agitación, organización y movilización políticas de la clase obrera y del pueblo desde las bases: en último término el problema no es trabajar con las masas sino dar a estas los instrumentos para que realicen su lucha: de lo contrario el pueblo es más un receptor que un actor del proceso);

- no se le da al movimiento sindical la importancia que este tiene (se lo considera importante pero no fundamental, e incluso se le otorga a la crisis económica un valor explicativo, que ella no tiene, de los momentos de repliegue, y que sí tiene la línea política aplicada en el movimiento sindical por la orientación de mayor incidencia en él);

- no se reconoce explícitamente que sin el trabajo de masas previo y para ello realizado en este período por varias organizaciones y militantes independientes, tampoco habría "foco";

— no se entiende que estar a la vanguardia en determinada forma de hostigamiento al régimen no es ser la vanguardia del proceso revolucionario (cosa mucho más complicada).

En último término, la única solución al problema planteado (los nexos con el pueblo) se encuentra en la aplicación estricta de una línea de masas, y en una política correcta de construcción del partido que permitirá, en el mediano plazo, conjugar todas las formas de lucha (sin contraposiciones maniqueas) a partir de una dirección política única.

Como conclusión general de este punto podemos afirmar que el tipo de discusiones planteadas sobre los nexos con el pueblo y sobre la línea correcta para el movimiento sindical y el frente político, hacen ver con claridad a la vez la inexistencia del partido y su necesidad.

3

LOS CUADROS, EL PARTIDO Y EL PUEBLO.

Establecidas la necesidad del partido y su actual inexistencia, corresponde determinar ahora qué tipo de partido hay que construir.

Para la lucha por el poder en el Uruguay el partido que necesitamos es un **partido de cuadros**. Un partido que agrupe a una parte de la clase obrera (la más avanzada y combativa) y luche para toda la clase obrera y el pueblo.

Pensamos que sólo un partido de cuadros tiene el poder de ataque necesario para la lucha por el poder, tal como esta se está dando y se va a dar en nuestro país. Su homogeneidad ideológica y política le permiten una amplia capacidad de maniobra y de adaptación a las situaciones más diversas. El tipo de reclutamiento que puede organizar le da garantías importantes de seguridad.

Por supuesto, un partido de cuadros no es de ninguna manera una élite de intelectuales. Constituye un destacamento organizado de revolucionarios profesionales (dedicados por entero a esa causa, no necesaria ni principalmente funcionarios rentados). Pero la regla del reclutamiento no es la de la sola integración al partido del cuadro o revolucionario profesional. "Se considerará miembro del partido todo el que aceptando su programa, apoye al partido tanto con recursos materiales como con su actuación personal en una de las organizaciones del mismo", decía Lenin hace setenta años y la definición conserva plena validez. Es tarea del partido convertir a cada militante que se integra en un cuadro político.

Una organización de esta naturaleza puede, además, instrumentar de diversas maneras su arrastre de masas. Las formas concretas del mismo dependen de circunstancias también concretas. Diversas experiencias nacionales y extranjeras indican, sin embargo, la necesidad de evitar una serie de errores en la concepción y en la práctica de ese arrastre. En este campo se debe tener en cuenta que:

— la excesiva confianza en la vigencia y el poder de los métodos pacíficos y legales, no puede servir de fundamento realista para una adecuada organización del arrastre de masas;

— un tipo de reclutamiento sin exigencias mínimas no es, en manera alguna, un criterio acertado para la organización de ese arrastre; puede poner en cuestión al propio partido de cuadros en circunstancias adversas;

— el esfuerzo dedicado al arrastre de masas por el partido de cuadros no debe, bajo ningún concepto, disminuir la capacidad de acción del partido en las filas de la clase obrera y del pueblo; y menos aún hacer perder de vista la importancia de la consolidación real de las organizaciones de masas fundamentales de esa clase y ese pueblo (aquí, CNT, FEUU, Frente Amplio, etc);

— la organización y el trabajo por el arrastre de masas nunca pueden estar concebidos de tal manera que, en la práctica se termine por considerar que lo que importa es meter a la clase obrera y al pueblo en los mecanismos de arrastre del partido; de aquí se derivan, por ejemplo, muchas subordinaciones nefastas de la capacidad de lucha de los sindicatos a un partido que teme el despliegue de esa capacidad, porque el mismo puede afectar una especie de reclutamiento desorbitado (para las organizaciones de arrastre) en capas sociales pequeño burguesas;

— la capacidad de ofensiva y de repliegue (la rapidez y el poder de reubicación) del partido de cuadros no pueden subordinarse a los sectores de escasa militancia que integran sus organizaciones de arrastre.

En términos generales, el partido, para ser vanguardia, debe tener una **ideología** muy clara (el socialismo), una **capacidad probada de dirección** (de movilización) de la clase obrera y el pueblo, en una **orientación estratégica** que conduzca realmente (acción de vanguardia) a la toma del poder, y una **composición social** con predominio obrero (a la vez consecuencia y condición de su capacidad de dirección).

Sin estas condiciones no hay vanguardia. En ausencia de alguna de ellas puede haber movimientos que cumplan un papel de vanguardia en tal o cual terreno o sector, en la experimentación de tal o cual forma o método de lucha. Pero no partido de vanguardia. De estas condiciones elementales (ideología, capacidad de dirección, estrategia composición social) hay una que tiene especial relevancia: la capacidad de dirección. ¿Que estrategia de poder puede ser llevada a la práctica sin

dirección real de la clase obrera y del pueblo? ¿Qué ideología se pretende aplicar sin esa dirección real? ¿Qué composición social clasista se puede mantener y hacer más sólida sin esa dirección real? Es obvio que ninguna. Por consiguiente, el partido de cuadros que creemos imprescindible solo sirve si dirige (o sea, si es vanguardia, porque dirigir hacia el poder y estar a la vanguardia es lo mismo).

Pero, para que esta combinación (partido de cuadros-dirección real) sea posible, es necesario un elemento de intermediación: la línea de masas. Qué es una línea de masas? No es sólo la comprensión de que en el proceso revolucionario participa el pueblo o no hay tal proceso. Que el pueblo es el único y gran protagonista del cambio histórico. De la comprensión intelectual a la realidad política hay una distancia y esa distancia se cubre con una línea. La línea consiste en este caso en un método y en una orientación que se aplican en todos los campos y en el empleo de todas las formas de lucha. Daremos algunos ejemplos.

Actuar con una línea de masas en el movimiento sindical implica, por lo menos, comprender que nada se logra si no se fortalecen sus organizaciones de base (comités de empresa, etc.); también que los revolucionarios que actúan en los sindicatos deben partir en cada caso del nivel de conciencia alcanzado y alcanzable en lo inmediato por los trabajadores. Lo mismo para el Frente Amplio. Si no se fortalecen sus comités de base, si no se desarrollan las estructuras frentistas, en lugar de abrir las puertas a la participación protagónica del pueblo se las cierra. Se actúa no con una línea de masas sino con una línea de elite (falsamente identificada en algunos casos con acción de vanguardia).

Lo que es cierto para la acción en el movimiento sindical y en el Frente Amplio, también lo es para la relación directa (sin intermediación sindical o frentista) entre la organización política y el conjunto del pueblo. Si no se tienen en cuenta las opiniones más generalizadas y las reacciones probables del pueblo, las acciones en lugar de penetrar pueden rebotar (esto no excluye el uso excepcional de acciones no inmediatamente comprensibles, pero excluye su reiteración).

La línea de masas debe estar presente en los actos de gran escala pero también en los de pequeña escala (en el trabajo político cotidiano en cada lugar). Quien no distribuye las responsabilidades, quien no forma nuevos militantes, quien no tiene una moral de combatiente cada día, no actúa con una línea de masas, con una orientación compatible y estimulante para el pueblo. El oportunismo y el sectarismo, el dogmatismo y el populismo, el burocratismo y la subestimación de

los compañeros de lucha, el hábito de la concentración de las responsabilidades, y las decisiones de cúpula, constituyen la contracara de una línea de masas. Quien no admite las críticas legítimas, quien rehuye confrontar sus aciertos y errores presuntos con la opinión y el juicio de los trabajadores, no actúa con una línea de masas. Esto es válido tanto para las organizaciones como para cada militante, para el trabajo en los sindicatos como en el frente y en el propio partido.

El fortalecimiento de las organizaciones de masas no es, por otra parte, una tarea de alcance limitado en el tiempo. De aquí a la toma del poder hay que hacerlo pero también en las etapas siguientes (incluido el período de construcción del socialismo: los procesos de burocratización que se han dado en algunos países que lo construyen han ido parjos con el debilitamiento, con la existencia más o menos ficticia de las organizaciones de la clase obrera).

En conclusión: la línea de masas es una orientación del trabajo y un método de dirección de la lucha del pueblo que resulta de la claridad ideológica y política. En ningún momento hay que confundirla con el hecho de correr a la paz del espontaneísmo de las diferentes clases que hoy componen el pueblo (clase obrera, pequeña burguesía rural y urbana, etc.) Lo que importa es elevar a las masas hasta los intereses estratégicos, de clase, del proletariado.

Esta línea es lo que permite ligar al partido de cuadros con el pueblo. Directamente o, principalmente, a través de las organizaciones que lo agrupan y dinamizan. No hay que descartar situaciones de aguda represión interna (con o sin intervención extranjera) en las que el funcionamiento de los sindicatos y del frente político se vean dificultados. Pero la tarea del partido de vanguardia es, precisamente, asegurar el funcionamiento de sus unidades de base (en otros términos: mantener sus nexos con el pueblo) en cualquier circunstancia. La historia es cambiante, pero lo que no se modifica es la necesidad de esas organizaciones de las clases que luchan por la liberación nacional. Esas organizaciones masivas (o sus equivalentes) son verdaderas correas de transmisión para el partido, a la vez que verdaderos instrumentos del protagonismo popular.

Dirección real, partido de cuadros, organización del pueblo y línea de masas van juntos o se liquidan por separado.

LA CONCIENCIA Y LA NECESIDAD CRECIENTES.

Hay muchos hechos que indican como la conciencia sobre la necesidad y la urgencia del partido se ha desarrollado en nuestro país. Este acrecentamiento de la conciencia no es casual.

El endurecimiento de la lucha de clases en los últimos años y los progresos de la unificación antimperialista realizados en el movimiento sindical (CNT) y en el frente político (Frente Amplio), han estado en el origen de ese proceso, así como también la capacidad para crear hechos políticos de envergadura por parte de la organización que aplica una línea de hostigamiento con un alto nivel.

La radicalización de la derecha que el pachequismo instrumentó en el 68-71 hicieron pasar al Uruguay del liberalismo político a la dictadura o autoritarismo político. Esta radicalización constituyó una expresión de la crisis económica interna y de las presiones internacionales. Dicha crisis y dicha radicalización decretaron la caducidad de las respuestas políticas dispersas por parte de las fuerzas progresistas.

Los avances del pueblo en conciencia y en organización (la ruptura progresiva con las viejas lealtades partidarias es uno de sus aspectos) dados en medio de esta crisis económica y en lucha contra la dictadura política, exigieron, a su vez, formas orgánicas y unificadoras de combate. La unificación sindical y el frente político fueron desde este punto de vista resultados naturales de la profundización de la lucha de clases. También lo fue la aparición de formas de hostigamiento al aparato represivo y a los personeros de la oligarquía y del imperialismo.

Este proceso de avance de la unificación antimperialista y antioligárquica planteó, por su parte, en forma cada vez más cruda y perentoria, la necesidad de un instrumento político capaz de dirigir al

pueblo en sus distintos niveles de encuadre y agrupamiento (sindicatos, frente); de **conjugar** las diferentes formas de lucha, terminando con la dispersión táctica y organizativa. Hizo cada vez más urgente la construcción del partido de vanguardia.

La conciencia sobre esta necesidad ha crecido, por consiguiente, no en el vacío de la especulación intelectual, sino en medio de las luchas del pueblo. Hay muchos índices de ese acrecentamiento de la conciencia.

Hace algunos años la mayoría de los movimientos políticos de izquierda aspiraban (disputaban) a la titularidad de la vanguardia, entendida como vanguardia de un partido o casi partido. Bastaba que 20 o 30 militantes se reunieran para fundar una organización y que, acto seguido, la denominaran "partido" y calificaran a éste de "vanguardia". Este **infantilismo** era el producto de los marginados del pueblo.

Hoy son muy pocos los que se califican como partido obrero de vanguardia. La mayoría entiende que este partido es un objetivo, una tarea a realizar. Incluso muchos de los que se denominan "partido" definen precisamente como uno de sus objetivos la creación del partido de la revolución.

Si por partido hay que entender el partido de vanguardia, frente a esta noción todas las organizaciones que lo definen como una de sus metas tienen el carácter de movimientos, aunque se organicen con una estructura de partido y conserven esa denominación.

Tal vez salvo una sola excepción nadie discute ya la necesidad de la creación del partido. Por otra parte, son muy pocos los que manifiestan que ese partido puede surgir del solo desarrollo del movimiento que integran (otro índice del avance).

La apertura a la creación de una tendencia sindical, y a la acción de tendencia en general, surgida en el primer congreso de la CNT y confirmada, más allá de sus debilidades, en el período que lo separó del segundo, también constituye un indicador del mismo fenómeno. En ausencia de un partido con capacidad de dirección real en una perspectiva revolucionaria, varias organizaciones y militantes independientes han estado dispuestos en los últimos tiempos a la coordinación práctica de posiciones (en el movimiento sindical y en el frente político), o sea, a una política de alianzas.

Un índice complementario es la necesidad experimentada por los militantes independientes de la **acción organizada**, disciplinada. Desde

este punto de vista, la aparición de nuevas organizaciones en los últimos meses no se puede contar del lado de la atomización sino, precisamente de la unificación (en especial de la unificación que conduce al partido). Porque no es lo mismo 10 organizaciones y miles de militantes independientes que realizan una acción dispersa, a 12 o 13 movimientos de mayor envergadura que agrupan a esos miles de independientes. En el caso de estos militantes, la organización progresiva (que da lugar en algunos casos a un mayor reclutamiento de las organizaciones existentes y en otros a la constitución de nuevos movimientos) no hay que computarla tanto del lado de la unificación antioligárquica (porque ya estaban en la lucha contra la oligarquía y el imperio) como del lado de la unificación que conduce al partido.

La progresiva desaparición del "anti" por principio también sirve como señalador. Una cosa es dividirse por prejuicios o, lo que es lo mismo, tener un comportamiento irracional en el campo político, y otra dividirse en la defensa de una línea. Cuando la lucha de clases se acentúa (y los mártires obreros y estudiantiles son el símbolo) la historia ya no tolera el juego infantil de las divisiones de gabinete, de las falsas polarizaciones. Se terminó el tiempo de los especuladores y también de los "principistas" puramente declarativos. Ahora el que no hace de su idea una pauta de acción racional y coherente queda al margen del proceso. Se está clausurando la época en la cual periodistas e intelectuales se convertían súbitamente en los grandes teóricos de una acción política en la que nunca participaron. De los que no estuvieron en las luchas del pueblo y pontificaron sin pausa sobre su corrección o incorrección. Finalizó la época en que se podía decir cualquier cosa sin consecuencias represivas. Todo esto también expresa el fin del Uruguay liberal.

Por último, es notoria la progresiva **nacionalización** (a la vez que internacionalización, en el buen sentido de la palabra) de la lucha política e ideológica. ¿Quién admite a esta altura que es legítimo fundar organizaciones a pretexto de que en otras partes del planeta se dividieron tales o cuales partidos? ¿Quién admite que las polémicas Stalin-Trotsky, sino-soviéticas u otras pueden dar origen así nomás a organizaciones que trasplantan al pie de la letra tanto antagonismos de fondo, como coyunturales o de mediano plazo, que suceden en las antípodas? ¿Quién admite como razón fundada para dividir organizaciones, o crear nuevas, la polémica latinoamericana de mediados de la década del 60

5

LAS TAREAS Y LOS DILEMAS VERDADEROS.

El problema de la construcción del partido plantea dilemas y opciones. Para los GAU hay muchas formas teóricas de concebir la construcción del partido, pero una sola real, concreta, posible en el Uruguay del presente. Esa forma se expresa en una línea: la línea de **unificación socialista y proletaria**. Así como existe una línea de unificación antimperialista y antoligárquica que conduce a la creación del frente de liberación nacional, también se debe procesar dentro de ella una unificación más concentrada (la socialista y proletaria) que lleva a la creación del partido de vanguardia. Desde este punto de vista el dilema es entre la **atomización y la dispersión táctico-estratégica o la unificación y la coincidencia táctico-estratégica**; entre la persistencia en el sectarismo (con la creencia de que el partido sale del crecimiento cuantitativo y cualitativo de la propia organización: una variante del ombliguismo político) o su liquidación. Desde otro punto de vista la opción es entre la **unificación en torno a una línea correcta o la unidad en torno a líneas incorrectas**: porque de nada vale terminar con el sectarismo para unirse sobre la base de lo que es erróneo, o persistir en el sectarismo a pesar de que se dice admitir una misma línea correcta.

Por eso el problema de la unificación alude tanto a una línea como a la unificación alrededor de la misma (sobre lo que entendemos por línea correcta para el movimiento sindical y el frente político, ya hemos hecho definiciones públicas, algunas sintetizadas en los cuadernos No. 1 y 2 y en nuestro periódico "Lucha Popular"). Nuestra consigna es la **unificación** no la **unidad**. Esta consigna expresa el dinamismo de una orientación a la vez que el carácter de la misma. La unidad puede ser un resultado, la unificación es un camino, una dirección para una lucha dinámica y cambiante. Quien plantea la unidad como una cuestión de principios olvida que la única cuestión

de principios para un revolucionario es la fidelidad a la revolución. Cuanto mayores son las coincidencias en la lucha, más rápida será la unificación y con mayor celeridad se llegará a resultados unitarios; pero nunca puede ser un principio rector la unidad en torno a cualquier línea.

Desde nuestro punto de vista el dilema tampoco es entre el **foco** y el **partido**. Creemos que este no es el dilema verdadero, pero no por las razones que se han dado: el foco como método de lucha y el partido como forma de organización, o sea, dos entidades no comparables. Porque lo que se llama "foco" no es un método de lucha sino (aparte de una denominación y una imagen: la de un centro que irradia acciones) un movimiento capaz de practicar una forma de lucha (con sus métodos correspondientes) y el partido una organización capaz de practicar **todas** las formas de lucha (con sus métodos correspondientes). El foco es en los hechos un movimiento (cada vez más desligado de la orientación "foquista") que practica un método correspondiente a una forma de lucha que también admite otros métodos complementarios.

La forma de lucha en cuestión puede ser aplicada por un partido o por un movimiento que se convierte, por su línea, en uno de sus antecedentes. Lo que no cabe afirmar (porque entonces sí se comparan términos no comparables) es que la forma de lucha y uno de sus métodos constituyen como tales los antecedentes del partido. Ninguna forma de lucha antecede o sucede a un partido. Lo que puede antecederlo es un movimiento que la (o las) aplica en una orientación correcta (línea política).

Decíamos más arriba que la unificación vale si es en torno a una línea política acertada. Podemos agregar que esa línea política para ser acertada debe atenerse a los límites y las normas que fija la línea de masas. En esta perspectiva el movimiento que aplica una forma y un método de lucha (se da por sentado que toda forma —económica, ideológica, de agitación y movilización política de masas, militar— tiene un significado político y es susceptible de aplicarse de acuerdo a diversos métodos —legales o ilegales, pacíficos o violentos, públicos o clandestinos—) contribuye a la creación del partido en la medida en que lo hace con una línea política correcta (la cual supone la llamada línea de masas).

El mentado problema de la **combinación** de las formas de lucha ha sido plantado en nuestro país de un modo más escolástico que realista. En lugar de comenzar por determinar cuál es la tarea principal en el

período que vivimos, se ha discutido sobre la jerarquización de las formas de lucha puramente en abstracto. Con este procedimiento se ha terminado en algunos casos por sostener la "principalidad" del "método electoral" en el año 71 (y como lo secundario debe subordinarse a lo principal, entonces la política de alianzas se convierte en un subproducto de la política de alianzas electorales) y en otros su nulidad o su carácter abiertamente contrarrevolucionario.

Este tipo de discusiones no llevan a nada. Los GAU consideramos que lo primero es ponerse de acuerdo sobre la tarea central en el período.

Consideramos que la **tarea central** en este período de acumulación de fuerzas en que estamos es **el desarrollo de un movimiento de masas sindical y frentista que actúe con una perspectiva revolucionaria**. Para llevar a la práctica esa tarea y las siguientes (las de una situación revolucionaria cada día más próxima) es imprescindible la unificación socialista y proletaria.

Como esta es la tarea central, por eso es necesario:

- convertir las luchas reivindicativas en combates programáticos, políticos ("salario, trabajo y libertad" fue la consigna textil en las jornadas de agosto y setiembre);

- utilizar la lucha electoral en coherencia con esa tarea central, asegurando las elecciones (que haya y que se ganen) con la movilización de masas que gana la calle y al pueblo y con la preparación preventiva y simultánea de la huelga general para responder al golpe, y exigiendo que las mismas se realicen sin medidas y sin presos políticos;

- transformar **todas** las formas de lucha contra el régimen en factores que contribuyan con eficacia al desarrollo de un movimiento de masas capaz de actuar, cada vez más, con una perspectiva revolucionaria (en este sentido, la valoración creciente de la lucha de masas y de la coyuntura política es un elemento altamente positivo);

- adecuar la lucha ideológica a los problemas más visibles y subyacentes a nivel del pueblo.

Como se ve, de la tarea (y para ella) se deduce una línea que supone una combinación siempre cambiante de formas y métodos. Al ajuste de esa combinación contribuye más una política de creación del partido (de unificación) que cualquier discusión de gabinete sobre la jerarquía de los métodos. ¿Qué nos dicen tales discusiones cuando se trata de enfrentar las escaladas del gobierno? No está demás recordar que el pachequismo sólo en 12 días (del 31 de agosto

al 11 de setiembre), que transcurrieron a menos de 90 de la fecha fijada para las elecciones, reprimió salvajemente a los trabajadores textiles varias veces, asesinó a un estudiante, clausuró 4 diarios y un semanario de orientación frentista, procedió a la cacería de dirigentes del COT, FAIT y de la CNT y, por último condicionó la realización de las elecciones y su validez. Las discusiones metodologistas no resuelven los problemas de táctica política. ¿No hubiera sido necesaria una combinación específica, original, de formas y métodos tanto ahora como en junio del 69 si se aplicaba la huelga general reclamada por varios sindicatos?

Despejados estos problemas cabe consignar como conclusión que el desarrollo de la tarea central (o lo que es lo mismo, de la unificación antimperialista y antioligárquica) depende en gran parte del desarrollo, también central, de la tarea de unificación socialista y proletaria. Si no se encara con seriedad esta última tarea es muy difícil que avance la primera. De otra forma estamos condenados a la dispersión a las acciones no acumulativas (o acumulativas por azar); a que lo considerado por cada organización (legítimamente) como su objetivo prioritario (lograr tal o cual capacidad, tamaño, dominio de formas y métodos e influencia en uno u otro terreno) sea confundido fácilmente con lo que es prioritario para el proceso revolucionario en este período.

6

LA UNIFICACION, SUS REGLAS Y PERSPECTIVA.

Hemos sostenido a lo largo de este trabajo que la unificación es el camino más corto (y el único viable) par la creación del partido de vanguardia. Creemos que, para hacerlo posible, es necesario seguir determinadas reglas.

Hay algunas modalidades de la lucha ideológica y política entre las organizaciones de izquierda que son contradictorias con una política de unificación. Se pueden cuestionar líneas, pero no organizaciones. Se puede realizar un trabajo de reclutamiento, pero no anteponer el crecimiento a la unificación. Se pueden discutir (y combatir) pautas estratégicas y tácticas concretas, impulsadas por otras organizaciones; pero no concebir en forma estática a dichas organizaciones.

En el fondo hay dos principios rectores de una política de unificación: nunca se debe combatir a otras organizaciones en tanto que tales y siempre hay que concebir en forma **dinámica** a dichas organizaciones. Sólo así se puede convertir la atomización en unificación y partido.

Existe un elemento que consideramos capital en esta política de alianzas: el acuerdo en los terrenos **fundamentales** como **condición** para el acuerdo en los terrenos **secundarios**. Desde este punto de vista el acuerdo en una línea para el frente político es una precondition de cualquier alianza electoral. Si no estamos de acuerdo en que el fortalecimiento de los comités de base del Frente Amplio es el eje político fundamental de trabajo en este campo, ninguna política estable de alianzas tiene viabilidad. A lo sumo pueden existir coordinaciones de posiciones, o contactos bilaterales o multilaterales.

Otra regla de la unificación es la no exclusión de nadie, máxime cuando existen organizaciones que tienen — a pesar de un conjunto de

errores que combatimos muy duramente — vínculos y raíces de clase sólidos, o que han demostrado una seriedad encomiable en la puesta en práctica de lo que han considerado como su tarea prioritaria. Esta política de unificación sin exclusiones contempla especialmente también la situación de aquellas organizaciones que están haciendo (fundamentalmente a nivel de sus bases y cuadros intermedios) un verdadero proceso de conversión ideológica al socialismo. Por esta y otras razones nos hemos opuesto al tipo de definiciones electorales sectoriales que en lugar de unirnos a las fuerzas que evolucionan hacia el socialismo, nos separan de ellas.

Nadie puede determinar a priori quiénes constituyen los ingredientes básicos del partido de vanguardia. Los que esto hacen incurren en una serie de confusiones. En general presuponen que el Frente Amplio no se convertirá en el Frente de Liberación Nacional o Frente Antimperialista y Antioligárquico; que será el sector de definición socialista del Frente Amplio el que originará el Frente de Liberación Nacional mediante la captación de las masas que provienen de los sectores restantes; que la propia organización, por su crecimiento cuantitativo y cualitativo se convertirá en el partido (o ya lo es) que dirigirá ese frente a todos los que se definen por el socialismo.

Para los GAU el planteo debe ser sustancialmente distinto. El Frente Antimperialista y Antioligárquico (órgano de la toma del poder) estará integrado por sectores de desigual definición socialista (e incluso por algunos carentes de dicha definición). Es así porque en la etapa en la cual se ponen las bases para el comienzo de la construcción del socialismo, se da una alianza de clases (de la cual el Frente es su forma política) en la que el sector de vanguardia (la clase obrera) tiene intereses coincidentes con el socialismo y los sectores restantes (pequeña burguesía) no. Lo que separa al Frente Amplio del Frente Antimperialista y Antioligárquico es una distancia cuantitativa y cualitativa (penetración en el pueblo, grado de organización, capacidad política para aplicar todas las formas de lucha) pero no ideológica o de composición de clases. La tarea es convertir al Frente Amplio en el frente de la revolución de liberación nacional. Por eso hemos insistido tanto en el trabajo de los comités de base y en su fortalecimiento, porque ese es el camino principal para dar el salto.

Hemos dicho que una política de unificación sin exclusiones a priori nos parece la más adecuada para nuestra situación política. Eso no significa (y con esto entramos a otra regla de la unificación)

que nos estemos planteando la unificación de todos los socialistas (y de los que evolucionan hacia el socialismo) como primer paso. Es evidente que si la unificación se hace en torno a una línea tendrá diferentes etapas; evolucionará por saltos, por aproximaciones sucesivas. Actuará como escalada de unificación.

Estamos entrando en un período en el cual es necesaria una ofensiva de la unificación socialista y proletaria en todos los planos. Es cierto que el avance de la política de unificación no hay que medirlo sólo en los términos de resultados inmediatos al nivel de la política de alianzas. Hay que medirlo también desde el ángulo de la progresiva aceptación de las ideas y de la línea que la unificación supone. Pero es evidente también que esta progresiva aceptación queda en el aire si no se la acompaña con avances reales en el campo de la política de alianzas (e incluso de fusión de organizaciones).

Esta ofensiva debe tomar especialmente en cuenta las transformaciones que se están produciendo a nivel de las bases y de la militancia en general. La pregunta que repiten decenas de veces los militantes independientes de los comités y del movimiento sindical (¿cuáles son las diferencias reales entre tales o cuales organizaciones?), cuando se plantean una opción política, es un índice del progreso. La pregunta reiterada por las diferencias poco visibles es a su manera una pregunta y una exigencia en favor de la unificación.

Podemos afirmar sin temor a equivocaciones que la unificación ya ha recorrido un gran trecho a nivel de las bases. Pero de ahí no se puede deducir el conformismo con la situación actual. Si la atomización se mantiene corremos el riesgo de que el retraso de la unificación socialista ponga en peligro los avances de la unificación antimperialista. La consigna de la unificación está, pues, en el orden del día de la revolución uruguaya. Para concretarla en hechos políticos hay que dedicar gran parte de los esfuerzos del futuro. En conclusión, la perspectiva y la consigna en este terreno es

UNIFICACION

DESDE LAS BASES

HACIA EL PARTIDO

POR LA REVOLUCION

OCTUBRE DE 1971

INDICE

- 1 — La necesidad del partido de vanguardia
- 2 — ¿Existe ya el partido de vanguardia?
- 3 — Los cuadros, el partido y el pueblo.
- 4 — La conciencia y la necesidad crecientes.
- 5 — Las tareas y los dilemas verdaderos.
- 6 — La unificación, sus reglas y perspectiva.

to the extent of the information available to the
author, the following is a list of the
sources of information used in the preparation of
this report.

INDEX

1. The first part of the report is a
summary of the information available to the
author. This part is divided into two
sections: a summary of the information
available to the author, and a summary of
the information available to the public.

2. The second part of the report is a
summary of the information available to the
author. This part is divided into two
sections: a summary of the information
available to the author, and a summary of
the information available to the public.

3. The third part of the report is a
summary of the information available to the
author. This part is divided into two
sections: a summary of the information
available to the author, and a summary of
the information available to the public.

4. The fourth part of the report is a
summary of the information available to the
author. This part is divided into two
sections: a summary of the information
available to the author, and a summary of
the information available to the public.

REVOLUCION
HACIA EL PARTIDO POR LA
UNIFICACION DESDE LAS BASES
en este tomo esta:

LA CONCIENCIA
Y LA PERSPECTIVA



LA PERSPECTIVA

Y LA CONSIGNA

en este terreno es:

**UNIFICACION DESDE LAS BASES
HACIA EL PARTIDO POR LA
REVOLUCION**

Cuaderno No. 3

Grupos de Acción Unificadora

